



¿ESTAMOS ESCRIBIENDO ENSAYOS EN LA UNIVERSIDAD?

Ender Andrade

enderandrade@hotmail.com

Universidad de Los Andes, Táchira

Venezuela

RESUMEN

El ensayo es, sin lugar a dudas, el escrito más exigido en la universidad. Sin embargo, a pesar de la profusa difusión de este escrito, muchas personas no parecieran reconocer a cabalidad las cualidades más inherentes de esta forma de expresión. Por eso, el propósito del presente trabajo es, en primer lugar, presentar una disertación sobre los principios fundamentales del ensayo para luego ofrecer las pautas más particulares que rigen a este tipo de discurso y al que hoy día, como consecuencia de la especulación, pretenden imponerle novedosas reglas que van en detrimento de esa espontaneidad y recursividad expresiva tan defendidas y promovidas, a finales del siglo XVI, por el ensayista francés Michael de Montaigne. Por tal motivo, después de

leer este trabajo que se ofrece a continuación, el lector podrá vislumbrar que sí es posible emplear en el discurso ensayístico —y no como suele censurarse tan a menudo— el uso de la primera persona, la narración de anécdotas, entre otras características propias del ensayo, siempre y cuando todas estas propiedades sean manipuladas con rigor y elocuencia.

Palabras clave: Discurso, tema, tono y citas del ensayo.

1. Introducción

Si al estudiante universitario promedio se le pidiera que redactara un cuento o un poema, es muy probable que no le surgieran mayores inconvenientes cuando, solo en su hogar, intentara cumplir con dicha actividad. Tal vez, para él los dos momentos más complicados serían, primero, encontrar el tema y los personajes adecuados para desarrollar su historia y, segundo, empezarla a escribir.

Sin embargo, si a ese mismo estudiante se le pidiera que redactara un ensayo sobre un tema determinado, de seguro en él surgirían una serie de incertidumbres y contradicciones sobre las características fundamentales que ese tipo de escrito debería poseer. ¿Por qué?

En primera instancia, como afirma Urriago (2006), porque el ensayo es uno de los escritos más propenso a supuestos y a equívocos dentro del contexto escolar. Esto se debe a que el profesor de cada asignatura pareciera manejar un concepto muy personal sobre lo que es un ensayo. Esta falta de consenso por parte de los docentes ha originado que la palabra *ensayo* sea usada sin distinción semántica y ahora pareciera confundírsele con otro tipo de producciones escritas como la monografía, la reseña, entre otros. El más afectado por esta falta de acuerdo, por supuesto, ha sido el estudiante, quien cada vez que debe entregar un ensayo no comprende muy bien cuáles normas debería presentar este texto. Por tal motivo, el objetivo de las páginas que siguen a continuación es brindar al estudiante y al docente universitario algunas de las características más resaltantes del ensayo.

2. El ensayo

Para Ortega y Gasset, el ensayo es un tipo de texto en el cual se hace presente “la ciencia sin prueba explícita”. Para Alzate (2009, p. 2), éste es un escrito en el cual predomina la “postura personal, respaldada con argumentos, respecto de un tema polémico, alrededor del cual podría no haber un consenso”. Estas dos opiniones convergentes permiten deducir la esencia subjetiva del discurso ensayístico. Sin embargo, este carácter individual del ensayo no puede interpretarse como un tipo de escrito simplista que se llena de cuantas ideas sin fundamento se le ocurren al escritor. Con la expresión “postura personal” se quiere dar a entender que el ensayista tiene ciertas *libertades* con las cuales no cuenta el escritor de un artículo científico o de una investigación, pues, como afirma Vargas (1996), estos tipos de discursos académicos están subyugados a un aparato teórico y a una serie de fórmulas más rígidas.

El ensayista debe estar claro en que todas sus opiniones pueden ser válidas, siempre y cuando éstas estén fundamentadas en una reflexión previa que se ha hecho con rigor. Para ello es recomendable que el ensayista realice una recopilación de opiniones que otros autores han expresado sobre el tema que él piensa desarrollar. No obstante, en todos los casos no es ésta una norma insoslayable, pues podría también darse el caso en que el ensayista prefiera emprender una reflexión profunda de sí mismo sobre un tema en particular que se le ha asignado, y apoyarse para ello simplemente en sus ideologías no tanto para ser un fiel súbdito de ellas, sino para romper con sus propios esquemas y poner a debatir los pro y los contra que ésta -su visión particular del mundo- representa y significa dentro de un sistema aún más amplio y establecido: la sociedad donde se desenvuelve. “Con esto se subraya que [el ensayo] no es un discurso irresponsable sino un texto que obvia el aparato teórico y la aridez de las fórmulas y cuadros con el fin de aumentar la lecturabilidad y la capacidad explicativa (Vargas, 1996, p. 2).

Con esa libertad de elegir entre una fórmula u otra, se pretenden incitar cuatro habilidades en el ensayista: la primera, que reflexione pausada y prolongada-

mente sobre el tema que piensa escribir. La segunda, que escriba fluidamente; es decir, que no se encalle en el uso de los patrones rígidos del discurso científico. La tercera, que sea su voz la que prevalezca en el texto y no tanto la de los autores. Y, la cuarta, que desarrolle mejor su capacidad persuasiva sobre un lector determinado. En otras palabras, con un ensayo se busca ganar adeptos a nuestra postura o a la reflexión particular que hemos hecho de un tema. Y en estos predios del poder sugestivo que debe procurar alcanzar el ensayista, dos elementos se conjugan para formar un todo indisoluble. Por una parte, todo ensayo está conformado por un contenido, entendido éste como la visión y la profundidad de análisis hecho sobre el tema y, por otra, la versatilidad del discurso que maneje el ensayista para exponer sus razonamientos.

Si la sentencia de Horacio Quiroga en el “Decálogo del buen cuentista” es verdadera, cuando afirma que todo novel escritor está indultado si intenta copiar el estilo de los cuentistas inmortales, entonces, quizás, uno también debería contagiarse de la fluidez del lenguaje de ensayistas como Michael de Montaigne y Jorge Luis Borges, por nombrar sólo a dos de los más grandes de todos los tiempos.

3. El discurso del ensayo

Algunos investigadores sobre la producción de ensayos (Díaz, 2004) consideran que gracias a la libertad que ofrece este tipo de texto y a su carácter subjetivo, el ensayista puede matizar su discurso con expresiones floridas y un lenguaje colorido. Si bien este principio es válido hasta cierto punto, el ensayista, especialmente aquel que se está iniciando, debe ser conciente de que hay algunas expresiones que podrían resultar poco elegantes en su texto y, en cambio, sólo contribuirían a transformar su escrito, de sobrio y preciso, en cursi y fastidioso.

Por eso, es importante estar atento a cuando uno perciba que usa reiterada e innecesariamente ciertos romanticismos, afectaciones, coloquialismos, cali-

ficativos rimbombantes o lugares comunes. Algunos serían éstos que señala la profesora Damaris Díaz: “Mi aporte es un granito de arena. Hoy por hoy. En el terreno de las hipótesis. La educación es maravillosa”. [Peor sería si se antepone el adjetivo: “La maravillosa educación”] (Díaz 2004, p. 111). Los siguientes ejemplos representan los clichés y las adjetivaciones superfluas más recurrentes que escriben algunos estudiantes en la universidad:

Texto 1¹

El *deslumbrante* mundo de la literatura le ha permitido al escritor expandirse por los *confines más sublimes* de la inspiración humana para plasmar sobre el eterno soporte que ofrece el papel, *el fruto imborrable* de su imaginación. (Cursivas mías).

Texto 2

El Alquimista de Paulo Coelho le ofrece la posibilidad al lector de *seguir sus sueños y no rendirse jamás* ante las dificultades que pueda encontrarse mientras recorre el camino de la vida. (Cursivas mías).

En el primer fragmento podemos percibir cómo en un espacio tan reducido, tres líneas, hay una fuerte recarga de adjetivos ampulosos. En el segundo texto se aprecia un comentario que está lleno de lugares comunes: tener sueños y no rendirse jamás frente a los obstáculos, frase desgastada que suele usarse para cualquier ocasión. Ahora bien, contrastemos los anteriores enunciados con el siguiente fragmento que no deja de ser agradable a la razón a pesar de su adjetivación constante.

“El lector de poesía debe ser ante todo un lector humilde, pasivo, receptor de riqueza. Por una rara conjunción, el lector tiene que tener la edad del poeta; no la edad *cronológica*, sino la *edad mental, anímica, psíquica*” (Ossott, 2005, p.16).

Con la contraposición de estos ejemplos se pretende alertar al ensayista sobre el cuidado que debe poner cuando escribe su texto. Así las cosas, sería conveniente leer constantemente, como ya se sugirió antes, a los grandes

¹ Cada uno de los fragmentos identificados con la expresión Texto #, pertenece a escritos presentados por estudiantes de la Universidad de Los Andes, Táchira.

escritores, y percibir cómo ellos logran expresar sus profundos comentarios sin necesidad de caer en la afectación ni en la dramatización de su discurso. Recuérdese que desde siempre se ha escrito sobre los mismos temas, pero también desde siempre se ha procurado encontrar una forma muy personal de poder expresar esas mismas ideas. Para lograr este objetivo, será conveniente leer una y otra vez nuestro ensayo hasta encontrar aquellas palabras que expresen, o al menos se acerquen, a lo que en principio queríamos decir. El ensayista debe envolver a su receptor con un lenguaje sutil para así hacerle creer su verdad. Recordemos que el arma primordial de quien escribe son los argumentos y que éstos se materializan en las palabras que elige para expresarlos. Por eso, las palabras, más que una herramienta de comunicación, son un medio de persuasión.

4. ¿Escribo de forma personal o impersonal?

Otro de los aspectos en los cuales algunos profesores y autores no parecen lograr un mutuo acuerdo tiene que ver con la posición que debe asumir el ensayista dentro del escrito. En consecuencia, hay profesores que sancionan el uso de la primera persona dentro del discurso del ensayo y también hay quienes en cambio promueven este uso.

Por ejemplo, algunos autores definen el ensayo como un escrito subjetivo, pero luego en las recomendaciones que ofrecen para la redacción de éste, imponen tajantemente el uso de la “forma impersonal” (Díaz 2004, p. 110). No obstante, como se puede deducir del mismo concepto de ensayo, escribir de forma impersonal no es una imposición inherente a las cualidades de este escrito. Todo lo contrario, escribir personal o impersonalmente es otra de las libres elecciones que ofrece el ensayo. Basta leer a cualquiera de los grandes ensayistas para comprender que el uso de la primera persona es una constante en sus obras. Sin embargo, algunos profesores suelen argumentar

que eso les está permitido sólo a ellos porque son escritores consagrados o personalidades reconocidas en un área específica. Pero al estudiante también se le debe brindar la oportunidad de defender y argumentar su posición en un ensayo, e incluso, por qué no, retractarse sobre alguna verdad que él daba por sentada. Esta decisión de si se escribe de forma personal o impersonal es una decisión del ensayista y, generalmente, él podría determinarla según el tema al que se vaya a referir. Lo que le correspondería al profesor sería tener la habilidad de percibir cuál posición, si la personal o la impersonal, resulta más recomendable cuando el estudiante presente su primer borrador del texto. Más que mutilar tajantemente una forma de escribir sobre la otra, lo importante es dejar que el estudiante tenga la libertad de escribir, y luego ofrecer las recomendaciones necesarias, siempre en función de mejorar el ensayo final. Leamos, por ejemplo, este fragmento de Borges:

Yo creía saberlo todo sobre las palabras, sobre el lenguaje (cuando uno es niño tiene la sensación de que sabe muchas cosas), pero aquellas palabras fueron para mí una especie de revelación (...) Yo había considerado... (Borges 2001, p. 121).

Como se aprecia en el segmento anterior, el autor se decidió por usar la primera persona. Pero supongamos que quien escribió ese texto no fue Borges, sino algún estudiante, y el profesor considera que ese estilo podría resultar desagradable a quien lo lee. En ese caso lo más recomendable sería aconsejarle al ensayista que probara sustituyendo el vocable *yo* y todo lo que ello implica, por la palabra *uno*. Por ejemplo: “Cuando *uno* es niño cree saberlo todo sobre las palabras, pero éstas son una especie de revelación constante...” No obstante, habrá algunos ensayos que no resultarían mejores si cambiamos la forma personal por la impersonal.

[Cuando viví en Ginebra] yo era entonces un joven desdichado. Supongo que los jóvenes son aficionados a la infelicidad: ponen lo mejor de sí en ser infelices, y generalmente lo consiguen. Entonces descubrí a un autor que, sin duda, era un hombre feliz. Debí de ser en 1916 cuando accedí a Walt Whitman, y entonces sentí vergüenza de mi infelicidad. (Borges 2001, p. 126)

En este caso, por tratarse de una experiencia personal, y, sobre todo, debido a que el autor se ha decantado por el uso de un estilo narrativo, difícilmente el texto tendría mejor efecto en su receptor si se transmutara por la forma impersonal. Al final, escribir de forma personal o impersonal será una decisión del ensayista. El docente podrá, por supuesto, emitir su opinión sobre esa postura particular que el estudiante adoptó en su texto y si ésta sería la más idónea. Pero para ello el profesor deberá hacerle ver al alumno los puntos concretos en los que se debe trabajar.

5. El tono y el carácter anecdótico del ensayo

Del fragmento anterior de Borges, en el que predomina la primera persona, se desprenden dos características que singularizan aún más al escrito ensayístico: el tono y el carácter anecdótico. (Por supuesto, el tono y el carácter anecdótico del ensayo se pueden esconder detrás de un discurso impersonal).

El tono, por ejemplo, responderá “al modo particular con que el autor ve e interpreta el mundo, la vida, la naturaleza, los seres humanos y a sí mismo. El tono puede ser profundo, poético, didáctico, satírico, irónico”. (“Formas originales del ensayo literario”, s.f, p. 3). En otras palabras, el ensayista puede expresarse respecto a un tema de la forma que a él mejor le parezca, siempre y cuando su escrito ofrezca un análisis profundo y reflexivo sobre el tema. Asimismo, él podría decidirse por usar un tono satírico en el cual su discurso estaría conformado por una serie de comentarios irónicos e incluso hilarantes.

De todas formas, este tono de abordar su escrito estará condicionado por la postura pesimista, optimista o neutral que el ensayista sienta por el tema en cuestión. Incluso todas esas posturas pueden mezclarse en distintos pasajes del ensayo o sobresalir una por sobre las demás. Recordemos que Ortega y Gasset dijo que: “Yo soy yo y mi circunstancia”, lo cual indica que nuestras posturas, nuestro tono al escribir, incluso sobre un mismo tema, podría re-

sultar radicalmente opuesto por el simple hecho de escribirlo en dos circunstancias y en dos épocas diferentes. Y a esencia cambiante del ser humano podríamos anexarle como sentencia el poema de Porfirio Barba Jacob, “Canción de la vida profunda”, es decir, que “hay días en que somos tan móviles, tan móviles / como las leves briznas al viento y al azar”.

Si uno vuelve a leer el fragmento anterior de Borges de cuando él vivió en Ginebra, percibirá que él ha usado un tono reflexivo y optimista frente a las oportunidades que ofrece el cambio.

Ahora, una de las razones por las cuales ese mismo fragmento de Borges difícilmente tendría razón de ser si se escribiera de forma impersonal, se debe a que en él se aprecia la otra característica que se había mencionado más arriba: el carácter anecdótico. A diferencia de lo que se cree, un ensayo puede enriquecerse de anécdotas, pertinentes y argumentadas, por supuesto, del propio ensayista o de otras personas.

Como afirma Peña y Yepes (1990, p. 297), el ensayista busca enseñar unas ideas que él considera valaderas, respaldadas por una serie de recursos que bien podrían ser anecdóticas, políticas, históricas o datos de otro autor. Es conveniente recalcar esta idea, pues las anécdotas son una constante en los escritos de los grandes ensayistas quienes algunas veces se valen de las historias de otras personalidades, lo cual es una característica muy usual en los ensayos. Téngase en cuenta que estas anécdotas podrían tener cierto parecido a aquellos inicios de cuentos en los que las primeras líneas sirven para exponer algunas situaciones por las que ha pasado alguno de sus personajes.

Cuenta la historia que Psamenito, rey de Egipto habiendo sido derrotado y hecho prisionero por Cambises, rey de Persia, y viendo junto a él a su hija, también prisionera y convertida en sirviente a quien se enviaba a buscar agua, todos los amigos del rey lloraban y se lamentaban en su alrededor mientras él permanecía quedo sin decir palabra, y con los ojos fijos en la tierra; viendo en aquel momento que conducían a su hijo a la muerte, mantúvose en igual disposición (...) Tal suceso podría equipararse a lo acontecido no ha mucho a uno de nuestros príncipes que...” (Montaigne, s.a, p. 5)

Del mismo modo, en un ensayo también es válida la inclusión de las anécdotas de personajes literarios. Veamos un pasaje en el cual un ser mitológico sirve para apoyar alguna idea de un estudiante universitario.

Texto 3

En el enamorado se producen toda una serie de embates sentimentales que, aunque se desencadenan en los adentros del individuo, siempre provienen de afuera. El mejor ejemplo de ello sería cuando: “Narciso, una vez vista su propia imagen reflejada en la limpias aguas, creyó que aquel hermoso rostro que contemplaba era el de un ser real, *ajeno a sí mismo*”.

Por consiguiente, el ensayo es una excelente herramienta pedagógica, pues obliga al estudiante a valerse de todo su bagaje cultural y vivencial para que actúe en función de lograr una más profunda argumentación sobre el tema que él desarrolla.

6. Las citas y la fiabilidad del ensayo

Ahora bien, ¿acaso sería erróneo el uso del soporte estructural y rígido que implican las citas de textos científicos? La respuesta es no. Sencillamente, un ensayista puede utilizar “cualquier” tipo de información que halle para sustentar sus ideas, a diferencia del escritor de un artículo científico, a quien se le exige el uso de datos y cifras que provengan de fuentes “prestigiosas”.

Por este motivo, algunos autores consideran que el ensayo, debido a sus “libertades” referenciales, es un escrito que contiene ideas de escaso valor científico para el campo académico. “El ensayo, para Pereda, no es, no puede ser, una construcción epistémico confiable, en tanto que no plantea una forma sistémica confiable y formalmente argumentada, en un lenguaje argumental y críptico de los grandes tratados” (Magallón, 2004, p. 204). Empero, esta postura carece de validez, pues las ideas de los grandes pensadores de

todos los tiempos –como Octavio Paz y Alfonso Reyes, por mencionar solo a dos de los más representativos en el campo de las letras– siempre son un referente fundamental en cientos de estudios académicos.

El verdadero ensayista, por ejemplo, sólo en ocasiones muy especiales hará uso de notas al pie de la página, y esto nos lleva al meollo de nuestro tema: las citas, numerosas en los ensayos, tienen valor por sí mismas en relación con lo que el ensayista nos está comunicando: *importa destacar que alguien creó una idea, representada en la cita, pero el “quién” y el “dónde” carecen en realidad de valor*. No son las citas importantes porque fulano o mengano las dijo, sino por su propia eficacia. Y el hecho de señalarlas como citas es sólo con el propósito de indicar que no son de propia cosecha, sino que *forman parte del fondo cultural que se trata de revisar*. (Gómez, citado por Vargas 1996, p. 6) (Cursivas mías).

Esto quiere decir que lo primordial en el ensayo es el rigor del análisis reflexivo sobre el tema que se quiera escribir. Por eso, sí son válidas dentro del ensayo expresiones como éstas: “Creo que Emerson escribió en alguna parte que una biblioteca es una especie de caverna mágica llena de difuntos” (Borges 2001, p. 17). Que el ensayista no recuerde dónde escuchó alguna idea valiosa para su ensayo o no tenga a la mano el libro donde alguna vez leyó alguna frase que le serviría para apoyar o desmentir una idea que él está queriendo argumentar, no debe ser un motivo para cohibirse de seguir escribiendo o para dejarla fuera de su texto. El ensayista debe usar cuanta producción cultural ha parido la humanidad, por ejemplo, películas, canciones, frases que hemos escuchado, todo.

Texto 4

Fito Páez, en una de sus canciones, asegura que es bueno quedarse “al lado del camino / fumando el humo mientras todo pasa”. Sin embargo, esta actitud contemplativa, en un momento histórico como el actual, es una postura que ninguna persona de nuestro país puede darse el lujo de tomar para sí.

Hay que recordar que el objetivo último del ensayo no es tanto dejar que los autores hablen por uno, sino encontrar nuestra propia voz para decir las cosas que pensamos sin perder de vista nuestro objetivo: convencer a un lector.

7. El inicio del ensayo

El proceso de disuadir a un lector tiene mucho que ver, en cierta medida, con las primeras palabras del ensayo. Todos los autores exhortan al ensayista a que piense en escribir un preámbulo llamativo que atrape la atención del lector. Sin embargo, hay que aclarar que ese inicio “llamativo” depende en gran medida del propio lector y las circunstancias en las que lee el texto: lo que para un lector podría parecer deslumbrante e innovador, para otro podría ser soso e ininteligible. No obstante, si bien es cierto que no habría una fórmula universal para saber qué palabras redactar al principio del ensayo, sí se puede sugerir que la mayoría de los ensayistas se sirven de un epígrafe que resume la idea y el enfoque que se le quiere dar al tema. Ahora, si esa técnica no es del agrado del escritor, podría proceder como lo hacen otros autores quienes prefieren que dicha sentencia esté inserta dentro del cuerpo del ensayo. El siguiente ejemplo nos puede ilustrar:

La frase de Lord Byron: “Nada hay más difícil que un buen principio”, adquiere especial sentido al tratar del amor. Ignoramos bastante lo que es el amor, a pesar de su importancia excepcional en la vida humana. Resulta curioso y significativo que Freud dirigiera a una revista francesa, que pedía su opinión sobre el amor más allá del sexo, estas palabras: “Hasta ahora no he tenido valor para hacer amplias declaraciones respecto a la esencia del amor, y creo que nuestro conocimiento no es suficiente para hacerlo” (...) Y [Freud] se declaró impotente, poco preparado para explicar por qué sólo una mirada alienta días y noches, por qué el vacío nos puebla cuando no está a nuestro lado lo que únicamente puede definirse con el vocablo *tú*. Este tú más futuro que presente” (Salgado 1978, p. 7).

Este largo fragmento seleccionado demuestra lo que podríamos considerar un *inicio atrayente*. En él, el ensayista no solo se apoyó en las palabras de Freud, sino que incluso tergiversó a su favor una frase de Byron. Además, con esa introducción el ensayista deja entrever el tono y la postura un tanto inciertos que de seguro manejará a lo largo de su texto.

De ese mismo fragmento podemos deducir que, en cierta medida, el buen inicio está íntimamente relacionado con el puente que se establece entre el tema y el lector. Además, el tema de un ensayo podría resultar trascendental e interesante no sólo para la sensibilidad del lector, sino también para la postura y la visión particular del propio ensayista, pues el placer o la obligación que sentimos al redactar sobre ese tema de seguro afectará considerablemente el producto final de nuestro trabajo.

8. El tema

Ahora bien, recordemos que usamos una frase de Teresita Alzate, al inicio de este trabajo, para definir lo que era un ensayo, y en esa ocasión encontramos que la autora usaba la expresión “tema polémico” para referirse a ese eje central sobre el cual se apoyaría la estructura del texto. Un tema polémico podría ser cualquier evento que se estuviera suscitando en la conciencia colectiva de un pueblo: sus realidades y sus pesares. Sin embargo, lo que convertiría a un tema en polémico, posiblemente, no sea el tema en sí mismo sino la visión con la cual se aborda. Esto dependerá de la perspectiva y las preguntas que nos hagamos en torno al tema. Aquí entra en juego la habilidad que tenga el ensayista para contravenir o para dar una nueva opinión, con bases sólidas y convincentes, sobre la esencia de ese fenómeno que a lo mejor consideramos establecido.

La mejor fórmula para lograr esto sería preguntarnos conscientemente si ese tema que queremos tratar presenta algunos vacíos o algunas falencias en sus principios elementales. Para ilustrar mejor esta idea, podría servir de ejemplo este texto que usted está leyendo en el cual debatimos sobre si son ecuanímenes las opiniones que maneja la universidad sobre el concepto y las características del ensayo.

El ensayista, para originar el debate de ideas en torno al tema seleccionado, tiene a su disposición una herramienta de mucha utilidad: la interrogación retórica.

La interrogación retórica es una figura literaria con la cual quien escribe se hace una pregunta que por sí misma podría tener una respuesta implícita. La interrogación retórica es una fórmula muy habitual en el ensayo, pues con ella el escritor confronta al lector exigiéndole que tome partida y posición en torno al tema. Recuérdese que el ensayista no siempre busca dar una respuesta a la hipótesis con la cual inició su escrito, pues hay ensayos en los que el autor puede dejar abierta la posibilidad a múltiples interpretaciones de todas aquellas cavilaciones que hizo sobre el tema escogido. El ensayista, aunque pueda ofrecer una conclusión a todas las ideas que él ha desarrollado en su escrito, debe ser conciente de que con el ensayo no se busca agotar un tema. He aquí una muestra de una interrogación retórica que no aspira a una respuesta concisa:

El gran escritor y soñador inglés Thomas de Quincey escribió –en alguna de las miles de páginas de sus catorce volúmenes- que descubrir un problema nuevo era tan importante como descubrir la solución de uno antiguo. Pero yo ni siquiera puedo ofrecerles esto; sólo puedo ofrecerles perplejidades clásicas. Y, sin embargo, ¿por qué tendría que preocuparme? ¿Qué es la historia de la filosofía sino la historia de las perplejidades de los hindúes, los chinos, los griegos, los escolásticos, el obispo Berkeley, Hume, Shopenhauer, y muchos otros? (Borges 2001, p. 16).

En otras ocasiones, las interrogantes del ensayista son una posibilidad para seguir el curso de sus ideas en un intento de encontrarles alguna respuesta:

Así de golpe me encuentro en la médula del tema que me propongo desarrollar: “Libros estimulantes para la juventud”. ¿Cuáles son éstos? ¿Qué características presentan? ¿Cómo acercarse a ellos?

Para la juventud cualquier libro puede ser estimulante, depende del momento, del lugar, del estado de ánimo, de la preocupación dominante (Prieto Figueroa 1961, p. 9).

Aunque parezca incongruente, el objetivo final de la mayoría de los ensayistas ha sido el de intentar decir todo, sin decir todo en realidad. Esto nos lleva al último estadio del escrito ensayístico: la conclusión.

9. La conclusión en el ensayo

El ensayista, cuando inicia su escrito, debe pensar en si su visión particular será neutral, a favor o en contra del tema que quiere desarrollar. Para ello, él podría valerse de una hipótesis que le permita inmiscuirse y orientarlo en los vericuetos del tema. Ahora, para salir de allí y llegar a una conclusión, el ensayista tendrá incluso la libertad, después de haber sopesado las diversas posibilidades que le ofrece el tema, de decantarse por dejar un final abierto. Por ejemplo, veamos cómo Borges termina uno de sus ensayos titulado “El tiempo”:

El del tiempo es nuestro problema. ¿Quién soy yo? ¿Quién es cada uno de nosotros? ¿Quiénes somos? Quizás lo sepamos alguna vez. Quizá no. Pero mientras tanto, como dijo san Agustín, mi alma arde porque quiero saberlo (Borges 2003, p. 99).

Sin dejar de ser rigurosos en el desarrollo de las ideas y los planteamientos, el final de un ensayo dependerá de la libre elección del ensayista. Algunas veces elegirá ofrecer una conclusión contundente, pero otras no. Lo importante será que en el grueso del ensayo se demuestre la madurez intelectual del escritor y su dominio del lenguaje cuando intenta persuadir a su receptor. El ensayo, en definitiva, procura incentivar a la discusión y contraposición de ideas para ofrecer caminos en vez de soluciones finales.

Pero hay que empezar por exhortar a los estudiantes a que lean ensayos. De esta forma ellos lograrán familiarizarse con el discurso de estos textos. Además, debemos ser conscientes de que no siempre los profesores acertamos cuando explicamos las características fundamentales que deberían poseer un ensayo, y por ende, no siempre es un ensayo lo que nos entregan nuestros estudiantes. Si hacemos buen uso del ensayo en las aulas y enseñamos a redactar este tipo de documento, podríamos, en realidad, contribuir a la consecución efectiva de ese fin reiterativo que intenta promover la universidad: formar ciudadanos críticos. La importancia del ensayo y su correcta difusión en el ámbito académico y en la vida diaria radica en el hecho de que estos textos ofrecen la oportunidad de reflexionar profundamente, sopesando los pro y los contra de un problema. Así, el ensayo puede convertirse en una oportunidad valiosísima hacia el logro de escritos más elaborados, como los artículos científicos, en los cuales sí podrá exigírsele al estudiante un discurso y unas normas más rígidas.

Referencias Bibliográficas

Alzate, T. (2009) “Hay que enseñar a hacer ensayos”. En *Revista Iberoamericana de Educación*. N.º 48/6. Marzo de 2009. Disponible en <http://www.rioei.org/jano/2822Yepes.pdf>

Borges, J. L. (2001) *Arte poética. Seis conferencias*. Barcelona-España: Crítica.
_____. (2003) *Borges Oral*. España: Alianza Editores.

Díaz, D. (2004) “Cómo se elabora un ensayo”. En *Revista Acción Pedagógica*. Vol. 13, n.º 1, 108-113.

Magallón, M. (2004) “América Latina: ensayo, simbolismo y campo cultural”. En *Cuadernos Americanos*. Vol. 3. Año XVIII, n.º 105.

Montaigne, M. de (s.a) *Ensayos*. Edición digital basada en la de París, Casa Editorial Garnier Hermanos, [s.a.]

Peña, R. y Yépez, L. (1990) *Lengua y Literatura*. Caracas: Distribuidora Escolar.

Prieto Figueroa, L. (1961) *La magia de los libros*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación.

Ossott, H. (2005) *Cómo leer la poesía. Ensayos sobre literatura y arte*. Caracas: Bid & Co Editor.

Salgado, E. (1974) *Erotismo y sociedad de consumo*. Barcelona-España: Bruguera.

Urriago, H. (2006) “El ensayo poético-argumentativo. Hacia una didáctica de la escritura del ensayo”. En *Poligramas* 26. Disponible en http://poligramas.univalle.edu.co/26/herinando_urriago_poetico.pdf

Vargas, G. (1996) “Un concepto de ensayo”. Fundación CIENTEC.